

# Para la historia de una amistad: Feijoo (1676-1764) y Sarmiento (1695-1772)<sup>1</sup>

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS  
(*Consejo Superior de Investigaciones Científicas*)

## Papeles asignados

Feijoo fue un optimista, o esa imagen ha quedado de él. Cercano el fin de sus días, escribió: «he vivido muchos años, y en la distancia de los de mi juventud a los de mi vejez, no solo no observé esa decantada corrupción moral; antes, combinado todo, me parece que algo menos malo está el mundo que estaba cincuenta, o sesenta años ha» (CE, V, 23, 3)<sup>2</sup>. Este optimismo determinó su escritura, su visión del mundo y su actitud pública de ganador, visible en tantas declaraciones contra sus contradictores y en los prólogos en los que capta la benevolencia de un público que percibe entregado y adepto. Desde luego, tenía razones para sentirlo así, a la vista de las tiradas editoriales, de las reediciones de los tomos de sus obras, del número de lectores<sup>3</sup>, de la comunicación que tenía con ellos y de cómo se había convertido en consejero de muchos, que le escribían pidiendo su parecer, sugiriendo o haciendo crítica.

Su respuesta a estos corresponsales apenas es distinta de la que tenía su colaborador Martín Sarmiento, que teorizó sobre la misantropía como valor y guía existencial, así como sobre la peste que muchas veces fue para él la invención sociable de la carta; sin embargo, como se sabe, resultó ser uno de los españoles que no solo más cartas recibió, sino también escribió, desmontando así o relativizando la imagen de hombre atrabiliario y su atractiva, pero falsa, teoría del retraimiento epistolar, que no estaba basada en el libro del también benedictino Juan Crisóstomo Olóriz, titulado *Molestias del trato humano, declaradas con reflexiones morales sobre la sociedad del hombre*, de 1745, sino en la mucho más cercana experiencia de los importunos que hacen perder el tiempo o que

<sup>1</sup> Agradezco las sugerencias que en su momento me ofrecieron Noelia García Díaz y Elena de Lorenzo Álvarez, de la Universidad de Oviedo, Pedro Álvarez de Miranda (Real Academia Española / Universidad Autónoma de Madrid) y José Luis Gómez Urdáñez (Universidad de La Rioja).

<sup>2</sup> Inmaculada URZAINQUI, «La Ilustración sonriente: Feijoo y la risa», *Bulletin Hispanique*, 104 (2002), págs. 443-489.

<sup>3</sup> José Miguel CASO GONZÁLEZ y Silverio CERRA SUÁREZ, *Obras completas de Feijoo. I Bibliografía*, Oviedo, Cátedra Feijoo / Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1981; François LOPEZ, «La obra de Feijoo en la historia de la edición española (siglo XVIII)», en Inmaculada Urzainqui (ed.), *Feijoo, boy*, Oviedo, Fundación Gregorio Marañón / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003, págs. 317-336.

simplemente incomodan con su cháchara insustancial y pidiendo siempre algo, como puntualiza en *El porque sí y porque no*<sup>4</sup>. Aun así hay que recordar que Olóriz fue uno de los censores y apologistas de la obra de Feijoo, es decir de un modelo de convivencia social e intelectual contrario al que proponía en su libro.

Sarmiento tiene fama de hombre esquivo y asocial, y Feijoo de todo lo contrario. Sin embargo, quien se escribió con más corresponsales, quien tenía los contactos políticos en Madrid, quien respondía por Feijoo en la Corte era Sarmiento, que le enseñaba además lecciones de urbanidad, como se demuestra en diferentes cartas cruzadas entre ellos, por las que se ve que el de Oviedo tenía respuestas similares al de Madrid ante el acoso de los admiradores: rechazo de muchos de ellos por lo que significaban de pérdida de tiempo<sup>5</sup>. Ambos habrían hecho buen uso del polemoscopio, ingenio facturado por Jean-Antoine Nollet que permitía ver sin ser visto, pensado para la guerra pero que también podía tener aplicación urbana, como su mismo inventor señala, para rechazar a los importunos, ya que desde el gabinete se podía saber quién llamaba a la puerta de la calle, mediante un espejo debidamente inclinado (Fig. 1)<sup>6</sup>.

Feijoo y Sarmiento fueron amigos, pero realmente sabemos muy poco de esa amistad, más allá de las coordenadas temporales que los unieron y de las funciones que el mismo Feijoo, o la Orden, asignó al segundo en el proyecto común y que después los estudiosos han aceptado sin reservas. Incluso Gregorio Marañón se acercó a ellos desde la perspectiva del matrimonio, pues, si detrás de todo gran hombre suele o solía decirse que hay una gran mujer, el médico famoso interpretó su relación en esos términos de pareja, de modo que Sarmiento aparece como «ese otro ser que en la sombra le sirve y desembaraza cuando es menester; que le sostiene cuando decae; que, en muchas ocasiones, le inspira». Marañón vio a Sarmiento —cuya obra apenas debió de leer— como la sombra

<sup>4</sup> Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Los hombres de letras en sus cartas. Misanropía y comunicación en la teoría epistolar de Martín Sarmiento», en Rafael Padrón (ed.), *Las cartas las inventó el afecto. Ensayos sobre epistolografía en el Siglo de las Luces*, La Laguna, Universidad de La Laguna/ Instituto de Estudios Canarios, 2013, págs. 17-46.

<sup>5</sup> «Ciertamente —escribe Feijoo a Sarmiento el 26 de diciembre de 1739— yo no tengo la paciencia que Vuestra Paternidad para condes chochos y majaderos. Un duque (el de Béjar) empezó a molerme; plantéle una petición, a la cual decretó no escribirme más, y con eso quedé contento. ¿Es bueno que un señor a título de su título ha de pensar que me hace merced en majarme con cartas o con visitas? Vaya noramala no sólo su señoría, mas también su excelencia. Yo escribiré al conde sólo porque Vuestra Paternidad me lo persuade, pero guárdese de venirme con más chocheos que me haré el sordo. Más temo el cargo que Dios me ha de hacer del tiempo que pierda en responder a condes, que del que gasto en hablar con monjas», Guadalupe de la NOVAL, «Cuatro cartas autógrafas del P. Feijoo al P. Sarmiento», *Yermo. Cuadernos de Historia y de Espiritualidad Monástica*, II (1964), págs. 259-265. La cita en págs. 263-264, la cursiva es mía.

<sup>6</sup> «La parte principal de estas máquinas es por lo común un espejo inclinado que reflecte la imagen del objeto al observador, que no lo puede ver en línea recta. Un hombre sedentario y curioso, desde su mesa y sin dejar el estudio; un enfermo sentado en su cama, alcanza a ver cuanto pasa en una calle muy larga o en una plaza pública, por medio de un espejo puesto al lado de una ventana, con una inclinación proporcionada», Jean-Antoine NOLLET, *Lecciones de física experimental*, VI, Madrid, Joaquín Ibarra, 1757, pág. 337.

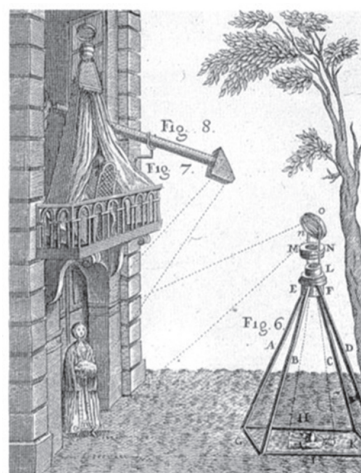


Figura 1

de Feijoo, aquella que trabaja en la oscuridad recopilando para que el protagonista brille porque la «contextura moral y mental» del «Gran gallego» solo le permitía «reunir los materiales y dárselos preparados al hombre constructor»<sup>7</sup>. Es decir, a Feijoo, el genio luminoso que desde la periferia construye un magnífico edificio que significa el origen de la modernidad, del pensamiento racional y libre y del gusto por raciocinar; a Feijoo, el forjador de un instrumento que enseñó a pensar a muchos después, o quizá, más bien, de una actitud vital que podemos llamar o caracterizar como Ilustración, pues su trabajo encarna en muchos aspectos los perfiles y límites del periodo. Feijoo se dibuja así como el genio que crea o acondiciona, entre otras cosas, una forma moderna de comunicar; que elabora los mecanismos de pensamiento que nos traerán al siglo xx y que desmonta los tópicos y las creencias erróneas.

Y, al lado, a la sombra, el orondo y joven Sarmiento, que, sin embargo, parece mayor que él y para muchos tiene más conocimientos y más amplios que los de Feijoo, como siente Jovellanos en carta a Antonio Ponz, en la que, tras referirse al estilo «pedantesco», sin lógica y frívolo de fray Benito, añade: «Téngame usted por temerario. Pero entre tanto puedo oponer el dictamen de otro sabio benedictino, el de su mismo maestro el docto Sarmiento. Vea usted lo que dice acerca de las romerías de Galicia en un excelente tratado y comparando sus razones con las de su discípulo, decida por sí mismo»<sup>8</sup>. Para Jovellanos y, tal vez

<sup>7</sup> Gregorio MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1962 [1934], págs. 133-134.

<sup>8</sup> Gaspar Melchor de JOVELLANOS, «Carta sobre las romerías de Asturias», *Obras completas. IX. Escritos asturianos*, Elena de Lorenzo Álvarez y Álvaro Ruiz de la Peña Solar (eds.), Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Gijón / KRK Ediciones, 2005, pág. 120. En carta a González de Posada del 22 de mayo de 1805 dice lo mismo.

no solo para él, el discípulo era Feijoo y Sarmiento el maestro, como también se comprueba por la carta que el 28 de febrero escribe Juan Luis Roche a fray Martín, en la que comenta que a él, como a otros de su círculo, les parece que su obra excede en erudición a la de fray Benito<sup>9</sup>. Hay que añadir, para ser honestos, que, según el anónimo biógrafo de Sarmiento, Feijoo también le «miraba como maestro suio, confesando con complacencia la superioridad de su erudición». Pero luego se verán algunas consideraciones sobre la general valoración de Sarmiento solo como erudito<sup>10</sup>.

### ¿Por qué no publica Sarmiento?

Sarmiento, el hombre oscuro e irritable, que reniega de sus contemporáneos, que escribe y no publica, que compone tratados sobre las más diversas materias y acumula erudición y conocimiento; que se interesa por mantener y salvaguardar lo que no es moderno, aquello que precisamente rechaza Feijoo: las tradiciones y las supersticiones, las creencias locales y los refranes, las lenguas autóctonas. Sarmiento, que representa en muchos aspectos un modelo intelectual distinto, el del erudito —del que se sirve, sin embargo, Feijoo—, que recoge materiales fruto del trabajo de campo, pero también del archivo, que redacta estudios —algunos pioneros en la historia de nuestra cultura— y que, como se ha dicho ya, no publica. En *El porque sí* da algunas razones de su decisión, también en varias cartas, indicando que el tiempo no está para imprimir, que se le crean muchos problemas al escritor público, pero sobre todo que lo difícil es conseguir editor<sup>11</sup>. Desde luego, estas son razones, pero hay otras, como que mucho de lo que escribe ha de tener circulación reducida y privada, pues son informes, peticiones, discursos, encargos que no deben tener publicidad porque asesoran a elementos de la Corte. Y junto a esta literatura consultiva, sus trabajos eruditos que, como tales, a menudo eran impublicables o de difícil salida, como la *Obra llamada de 660 pliegos [...] que trata de Historia Natural y de todo género de erudición, con motivo de un papel [...] contra los foros y tierras que poseen en Galicia los benedictinos*, y que, como la *Historia Natural* de Plinio, trata de todo, incluida

<sup>9</sup> Manuel PACHECO ALBALATE, *Una visión del siglo XVIII: cartas del erudito Roche al benedictino Sarmiento*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 2004, pág. 297.

<sup>10</sup> *Vida y obra del Rvdmo. P. M. Fray Martín Sarmiento (1695-1772)*, sacada a la letra de un manuscrito anónimo del s. XVIII, Isidro García Tato y Felipe Valdés Hansen (eds.), Santiago de Compostela, CSIC, 2003, pág. 134.

<sup>11</sup> Martín SARMIENTO, *El porque sí y porque no*, Michel Dubuis, Nicole Rochaix y Joël Saugnieux (eds.), Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1988, págs. 82-83. En carta del 29 de diciembre de 1759, a fray Mauro Martínez, comenta que es más fácil escribir un tomo que conseguir licencia e imprenta. Hoy como ayer. Cito por Antolín LÓPEZ PELÁEZ, *El Gran Gallego (Fr. Martín Sarmiento)*, La Coruña, Andrés Martínez editor, 1895, pág. 168.

la historia natural<sup>12</sup>. A estas razones hay que añadir alguna otra, que se explora después por su relación directa con Feijoo.

Pero también, a veces, leyendo sus excusas, se tiene la impresión de que juega a despistar al lector, de que se fabrica respuestas para parecer original, como cuando en la *Obra de 660 pliegos* comenta que no imprime sus trabajos porque se considera «en los siglos en que nada se imprimía y se escribía mucho» (IV, § 5426), aunque desde luego la reflexión también puede tener que ver con representarse como erudito «antiguo», al sentirse cómodo en ese registro. Llamativo es, en todo caso, que se haya hecho cuestión de que Sarmiento no publicara, cuando en la época era más frecuente escribir y no dar a la prensa lo escrito, en especial si eran obras eruditas, aunque se imprimiera más que en tiempos anteriores.

### Parecidos y diferencias. Implicación de Sarmiento en el proyecto reformador

Entre ambos se han establecido diferencias, reales o aparentes, representaciones de sus caracteres que se asimilan a identidades sociales y posturas ideológicas. Desde luego, ellos mismos contribuyeron a delinear sus personajes. Feijoo el de hombre sociable, de muchos amigos, brillante, gran conversador y con tertulia en la celda, moderno, mientras de Sarmiento se destaca su insociabilidad y su erudición como un lastre. Sin embargo, también tenía muchos amigos y conocidos —como demuestran sus cartas— y tertulia en su celda y era buen charlista y humorista socarrón, porque ser sociable significa también elegir con quién y cuándo serlo, y algo moderno había de ser cuando acepta el newtonismo, por ejemplo, y era estrecho colaborador de quien protagoniza la mayor revolución cultural española de la época.

A forjar su imagen como hombre apartado del mundo han contribuido diferentes declaraciones que corresponden a momentos concretos e instancias parciales que se han generalizado al tomar la parte por el todo, pero también su aceptación de ese retrato, que en cierto modo es resultado del desengaño y cansancio al que le llevó la exposición pública y la experiencia política, el tiempo de práctica cortesana madrileña mientras fue consultor de reyes y ministros. Hay que añadir a los motivos de ese cansancio social urbano —pues se le ve feliz cuando abandona la ciudad— el trabajo realizado en la Corte durante tantos años al servicio del proyecto que encabezaba Feijoo<sup>13</sup>. Sin olvidar el desengaño

<sup>12</sup> De esta obra se han publicado tres tomos. Martín SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos: de historia natural y de todo género de erudición*, Henrike Monteagudo (ed.), Santiago de Compostela / Madrid, Consello da Cultura Galega / CSIC, 2008, vols. 2, 3 y 4.

<sup>13</sup> No solo todo el trabajo material derivado de la impresión de los tomos, sino incluso el detectivesco de informarse de quiénes eran los que escribían y criticaban a Feijoo, como en la carta del 27 de junio de 1739, en la que este le pide que sepa quién es fray Marcos Rubiños, que le ha hecho unas objeciones

que supuso la llegada de Carlos III a España, que acabó con su protagonismo en la Corte.

Sarmiento recibía miles de cartas y de consultas. Su fama era internacional, como la de Feijoo, según sabemos por aquellos con los que se carteaba y por referencias como la de Muratori, además de porque es uno de los intelectuales que aparecen citados, si bien críticamente como el mismo Feijoo, en los *Diálogos de Chindulza*, ese ensayo de espionaje cultural. Por tanto, si estaba en sociedad, si era conocido, ¿por qué Feijoo en 1730, al referirse a él como una de las glorias de España, lo hace sin nombrarlo y señalando que «es tan enemigo de que le aplaudan, que huye de que le conozcan [?]. De aquí, y de su grande amor al retiro de su estudio pende, que asistiendo en un gran teatro es tan ignorado como si viviese en un desierto. Bien veo que el lector querría conocer a un sujeto de tan peregrinas prendas; pero no me atrevo a nombrarle, porque sé que es ofenderle». Cabe preguntarse si fray Benito le asigna aquí un papel en su relación y en su proyecto, si habría celos intelectuales, miedo a un excesivo protagonismo por parte del benedictino que está en la Corte<sup>14</sup>.

Por lo que respecta al estilo literario también se han marcado diferencias, aunque no sean tan claras, para señalar que Feijoo es moderno en su modo de escribir frente a la manera acumulativa de Sarmiento. Pero hay que recordar que este último tiene más registros y que cuando escribe sin el requisito de la cita ni los requerimientos del género historiográfico, es tan ligero como pueda serlo Feijoo; de hecho, hoy, según qué cosas leamos del erudito Sarmiento, su obra resulta más atractiva que la de su amigo, que, a pesar de ser el discutible fundador del ensayo moderno, no siempre es todo lo liviano que se esperaría de alguien que escribe con voluntad de llegar al mayor número posible de lectores. De hecho, las alusiones al tan conocido estilo conversacional, al que Feijoo se refiere varias veces, las encontramos también en Sarmiento, por ejemplo, en las *Reflexiones sobre una Biblioteca Real*, redactadas en 1743, en las que precisa que «solo por medio de conversación» se determina a poner por escrito sus ideas<sup>15</sup>.

No olvida la erudición, el bagaje de notas que le deparan sus múltiples y variadas lecturas, lo que no pocas veces lastra el texto que, sin embargo, cuando está libre o aligerado de ellas, suele leerse bien, porque Sarmiento escribía también, y a menudo, en tono oral, conversacional o de carta, según qué escribiera y a qué lector se dirigiera. Un eco de ese estilo y del rechazo a las notas, lo per-

---

(Maximino ARIAS, «Catorce cartas de Feijoo al P. Sarmiento», *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, 4-5 (1977), págs. 5-69. La carta en la pág. 35).

<sup>14</sup> Años después si le nombró, Como se señala luego, destacando siempre su erudición. Sarmiento pagó estas alusiones con un elogio correcto e impersonal, al hilo de tratar el influjo de las mareas bajas sobre las muertes naturales: «Su elogio serán sus obras del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*, con cuyos escritos, tan aplaudidos como útiles, ilustró la Europa, hizo honor a España y a su patria Galicia, y honró a la religión benedictina y a su monasterio de Samos» (SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, IV, § 4759).

<sup>15</sup> Martín SARMIENTO, *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real*, José Santos Puerto (ed.), Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 2002, pág. 42.

cibimos también en el prólogo a su *Demonstración* (1732), cuando señala: «no quise cargar de tantas citas individuales esta obra. Para ti servirían de molestia, para mí de embarazo» (s. p.). Y lo mismo repite en *El porque sí* (1758): no quiere «embarazar la lectura con citas», pues el escrito responde a un registro diferente<sup>16</sup>. Desarrolla más esta teoría en 1761, cuando escribe sobre la verdadera patria de Miguel de Cervantes. Allí comenta: «sé ser conciso cuando quiero y no tengo qué decir, y también sé ser difuso, cuando se me ofrece decir cosas que no se podrían copiar de los *libros*», además de su predilección por el tono bajo y de criticar lo que llama «estilo de cartas»<sup>17</sup>.

Interesa recalcar que, a pesar de las diferencias entre uno y otro, de los distintos modelos retóricos en que han sido instalados, Sarmiento se implicó en el proyecto de Feijoo y de la Orden benedictina<sup>18</sup>, con el que fue identificado en seguida por parte de los contrarios al *Teatro crítico universal*, como se evidencia en la *Réplica satisfactoria* de Salvador José Mañer, en la que señala su participación desde el principio, así como en la *Ilustración apologética*. Esa implicación fue muy grande, como sabemos, pero quizá llegara más lejos de lo que se suele aceptar, si tenemos en cuenta otras alusiones; así, Sarmiento señala en su autobiografía que en 1728 Feijoo le pidió que corrigiese los tomos, lo que hizo hasta su muerte, pero además le dio licencia para «borrar, mudar o añadir todo lo que le [pareciera] conveniente» en sus manuscritos.<sup>19</sup> De modo que podía intervenir con libertad sobre el texto, lo que implica un nivel de coautoría que

<sup>16</sup> SARMIENTO, *El porque sí*, pág. 83.

<sup>17</sup> Martín SARMIENTO, *Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de el Miguel de Cervantes*, José Luis Pensado (ed.), s.l., Xunta de Galicia, 1987, págs. 162 y 88.

<sup>18</sup> Que era proyecto que la Orden apoyaba queda claro en el prólogo al tomo II del *Teatro crítico universal*: «Años ha que muchos sujetos de mi sagrada religión, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza, o con mi cobardía, sobre que trabajase para el público. Vencido al fin de sus instancias, y determinado a escribir para imprimir, les comuniqué diversos proyectos que tenía ideados, entre los cuales escogieron por más útil y por más honrosos el que sigo», así como en la estrategia de defensa de sus miembros en momentos de ataque, como se ve en la aprobación del tomo III, firmada por cuatro benedictinos, que es un elogio del proyecto y de su principal cara visible. A este respecto, Enrique RODRÍGUEZ CEPEDA señala lo siguiente: «el consejo benedictino nota la necesidad de intervenir en el “efecto” (“asunto Feijoo”), y toma posición política y moral en la disputa que están creando los escritos del P. Maestro», de modo que «la *Demonstración* se piensa y se empieza a construir a partir de las necesidades y ausencias que descubría la polémica en torno a Feijoo»; *De Benito Feijoo a Martín Sarmiento. Bibliografía e iconografía crítica de la obra de Feijoo*, Lugo, Deputación Provincial de Lugo, 2008, pág. 242. Giovanni STIFFONI ya había destacado el papel de Sarmiento como instigador y animador del proyecto; en «Introducción» a *Teatro crítico universal*, Madrid, Castalia, 1986. Por su parte, Inmaculada URZAINQUI, en su «Estudio introductorio» a Benito Jerónimo FEIJOO, *Obras completas, Tomo II. Cartas eruditas y curiosas, I*, Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José Vázquez (eds.), Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK Ediciones, 2014, pág. 27, también señala que fueron sus superiores quienes «eligieron, de los proyectos que barajaba [...] el que consideraron más digno y de mayor utilidad para el público: la impugnación de errores comunes».

<sup>19</sup> Carta de Feijoo a Sarmiento, del 30 de abril de 1729. Es verdad que en esta carta se refiere a un caso concreto, pero, por otras, como la del 9 de enero de 1733, se ve que la intervención de Sarmiento era continua y que iba más allá de la simple corrección de erratas. Cartas citadas por MARAÑÓN, *Las ideas biológicas*, págs. 134-135. Reproducidas en su integridad por Arias en el artículo citado en nota 11.

desconocemos, pero que está ahí y convendría conocer, que tal vez fuera más allá de proporcionarle materiales, erudición, libros, etc.

Esta colaboración entre intelectuales no era algo excepcional en la época, aunque la conozcamos mejor en el siglo XIX. Las «sociedades literarias» existían y también los grupos que escribían y publicaban bajo un solo nombre, el de aquel que se había convertido en «marca», como sucedía precisamente con los oponentes de Feijoo: solo firmaba Mañer, pero detrás había hasta ocho escritores, según confiesan los propios benedictinos<sup>20</sup>, y lo mismo ocurría con Francisco Mariano Nifo, por ejemplo, que tenía un grupo de traductores a su servicio —que incluía al bibliotecario Juan de Santander—, aunque las obras solo las firmaba él<sup>21</sup>. Este tipo de colaboración, de intervención sobre los textos, estaba también en la tradición de los hombres de letras que escribían en la misma imprenta, pues antes se daba también, y era habitual, como recientemente ha mostrado Anthony Grafton, al reconstruir la historia de la corrección de textos en la Europa del Renacimiento. Gracias a su trabajo sabemos que el papel de los correctores no era solo el de enmendar errores y erratas, sino que iba mucho más allá en la responsabilidad de lo que hoy llamamos autoría. Acumula Grafton casos de humanistas que permitían e incluso pedían que esos correctores intervinieran de forma discrecional sobre sus textos, aclarando, borrando, etc. Lo que Sarmiento, que se consideraba un humanista, hizo para Feijoo se inscribe en esta tradición de autoría colaborativa y de corresponsabilidad, en la tradición de la *emendatio*. Y no solo desde el punto de vista de la actuación del colaborador, sino desde el de la valoración de quien hace las correcciones, considerado siempre como inferior en la escala social, tanto de la República Literaria como de la urbe<sup>22</sup>.

Es precisamente esa implicación y colaboración tan fuertes las que le llevaron a defender a Feijoo y a sí mismo —casi más a sí mismo— con tanta precisión como lo hizo en 1732, ya que no era solo un ataque a su amigo y al proyecto avalado por la Orden, sino que era una agresión contra él mismo, mediante el cual se ponía en duda sus capacidades y conocimientos. Fray Martín escribió dos tomos eruditos, puntillosos y generosos titulados *Demonstración crítico-apologética*, que suponen mucho tiempo de trabajo. Las diferencias que la crítica ha mostrado, y tal como las ha mostrado, entre la labor mostrenca de Sarmiento y la de Feijoo suponen distintas concepciones en materias como conocimiento, mediación de los saberes, conciencia del público, que, de ser así, diferentes, no habrían hecho posible el trabajo del primero ni la coordinación de ambos. Y sin

<sup>20</sup> Salvador José MAÑER, «Preliminar de la obra», *Crisol crítico*, Madrid, Benito Peralta, 1734, pág. 3, rechaza tal idea.

<sup>21</sup> Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid, Abada editores, 2014, págs. 40-52.

<sup>22</sup> Anthony GRAFTON, *La cultura de la corrección de textos en el Renacimiento europeo*, Buenos Aires, Ampersand, 2014.



embargo, el modo en que realizó la *Demonstración* significa su alineamiento en el proyecto innovador en el que estaban inmersos Feijoo y la Orden, a pesar de que él se dedicara también a otros estudios y desde perspectivas diferentes de los que llevaba a cabo Feijoo.

Esta defensa, la *Demonstración crítico-apologética*, se puede interpretar como un caso de mimetismo o identificación entre los dos escritores. Identificación con el proyecto, pero también por el ataque, pues fue incluido en él directamente y desafiado. Puesto que Feijoo, tras su *Ilustración apologética*, había anunciado que no entraría en más polémicas, el atacante se dirige a Sarmiento y lo reta derecha y públicamente mediante un cartel, en el que además, y esto es importante, se destaca su principal papel en el proyecto. Decía así el cartel de monomaquia, de duelo singular, uno contra uno, según la definición de la Real Academia Española:

Haga el P. [Feijoo] lo que fuera servido, pero directamente por mano del P. SARMIENTO, o bien unidos entrambos, LOS RETO, Y LOS DESAFÍO a la tela literaria, donde espero de pie firme para mantenerles lo que he escrito, lo que escribo y lo que escribiré (Fig. 2).

**CARTEL DE MONOMAQUIA,**  
que se imprimió contra el P. M. Feijoo,  
y contra el Escritor de esta Obra.

**H**Aga el P. lo que fuere servido, pero directamente, por mano del P. SARMIENTO, ò bien unidos entrambos, LOS RETO, Y LOS DESAFIO à la tela Literaria; donde los espero de pie firme, para mantenerles lo que he escrito, lo que escribo, y lo que escribirè. (*Vease desde el n. 788. en el Tomo II. de esta Demonstracion Critica*)

**SAN GERONYMO.**

**L**ongum est, si velim totum librum tuum huic operi inserere: & propositis capitulis ad singula respondere, quid in his vitiorum sermo habeat, quid mendaciorum assertio, quid inconsequens textus ipse verborum. Undè laciniose Disputationis fastidia fugiens, & in arctum verba compingens, tantùm sensibus respondebo; (*Contra Rufin. lib. 2.*)

Figura 2

La respuesta de Sarmiento —dos tomos de más de quinientas páginas— deja clara su implicación, y el volumen de trabajo es signo de su protagonismo, lo mismo que también lo es el que señale una y otra vez —y en especial al principio y al final del libro— que los que les atacan son incapaces de entender la novedad de lo que ellos (los dos) están haciendo, el «designio»<sup>23</sup> y el plan modernizador en el que estaban embarcados. Pero además, el padre Diego Mecoleta, en la censura que hace de la *Demonstración*, indica que los contrarios, ciegos que no ven la luz de la moderna literatura ni del nuevo pensamiento, son enemigos de ambos, no solo de Feijoo.

Por otro lado, una defensa tan puntillosa y detallada, aludiendo a las autoridades empleadas y a los argumentos, solo podía hacerla así quien, además de sentirse atacado en su competencia —«vilipendiado, impugnado, provocado y desafiado» (s. p.)—, conocía perfectamente los tomos y la *Ilustración apologética*, que también es defendida en la *Demonstración*, no solo por haberlos leído sino por haber colaborado en su elaboración. Y es de notar cómo destaca su meticulosidad y profundidad de detalle ya desde la portada, mediante la adecuada *dispositio* para mostrar la idoneidad de su competencia crítico-erudita, y hacer patente la

Evidencia		Discursos,
Certeza		Noticias,
Probabilidad		Opiniones,
Verisimilitud	de sus	Conjeturas,
Elección		Autores,
Exactitud		Citas,
Armonía		Expresiones,
Propiedad		Palabras.

La página está cargada de sentidos, pues, si deja clara su competencia, también señala a quiénes deja fuera de su respuesta, mediante la cita que incluye al final: *Non ego ventosae plebis suffragia venor* [No busco la aprobación del vulgo veleidoso], verso que procede de la *Epístolas*, I, 19, de Horacio.

Otro dato que se puede añadir para, por un lado, suponer su mayor participación en el *Teatro*, y para ver que los dos benedictinos eran percibidos como uno, se encuentra en el libro de elogios de Francisco Gregorio de Salas, en el que recuerda a numerosos autores fallecidos en el siglo, pero lo que interesa rescatar respecto de Feijoo y Sarmiento es que les dedica un elogio a los dos juntos, no por separado, como cabría esperar y como hace con otros que también fueron amigos. La composición se llama «A los reverendísimos padres Benito Feijoo

<sup>23</sup> Palabra que también utiliza Feijoo de forma significativa, como indica Pedro Álvarez de Miranda en el trabajo incluido en este volumen.



Figura 3

y Martín Sarmiento, monjes benedictinos y estrechos amigos, autores de muchas obras de crítica y erudición muy estimadas». La redacción de la frase es lo suficientemente ambigua como para pensar que las obras de erudición y crítica se deben a los dos, o que las primeras pertenecen a Sarmiento y las segundas a Feijoo, pero en el texto no se distinguen valores de uno y otro, sino que «los dos astros luminosos» son los responsables de desterrar la «lisonjera ceguedad» y de hacer patente «la clara verdad», «porque fueron los dos raro portento / de erudición, de crítica y talento». Y añade: «Di que fueron los dos, los dos archivos / de la literatura, / donde se vio guardada, / como en compendios vivos, / la erudición más pura»<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Francisco Gregorio de SALAS, *Continuación de las nuevas poesías de don [...], que contienen los elogios de escritores y facultativos insignes españoles difuntos en el presente siglo, con otras canciones hechas a diferentes asuntos serios y jocosos. Primera y segunda división*, Madrid, Andrés Ramírez, 1776, págs. 6-7.

Así pues, existía una percepción de ellos como tándem, como responsables de una obra que firmaba Benito Jerónimo Feijoo.

### De nuevo sobre la condición inédita de Sarmiento

Su generosidad en la colaboración y en la defensa significó a la larga su silencio público. No hay una razón clara ni única para que no publicase sus trabajos. Unos dicen que lo hizo por humildad; él, que no estaba el ambiente para usar la imprenta y porque la escritura para el público creaba muchos inconvenientes y quebraderos de cabeza, como también escribiría Leandro Fernández de Moratín a Juan Pablo Forner<sup>25</sup>.

Ahora bien, otros publicaron tratados eruditos como algunos de los que él mismo escribía. Quizá deberíamos pensar en otras razones, además de las expuestas, para explicar su silencio editorial. Sarmiento aparece en lugar secundario y vicario, a la sombra del árbol cuyas ramas proliferan con cada nuevo tomo impreso para engrandecer la fama y renombre de Feijoo, así como para asentar el modelo propuesto. Quizá no deberíamos olvidar este hecho en la relación y en la carrera literaria de ambos. Uno es mayor, el otro joven; uno es maestro, el otro se presenta como discípulo que admira y colabora en un modelo de escritura y de gestión del conocimiento que poco tiene que ver, aunque lo acepte, con la que parece su propia manera de trabajar. ¿Hasta qué punto podía ser una interferencia en la promoción del modelo propiciado que el máximo y conocido colaborador (y defensor) de Feijoo diera a las prensas obras que se alejaban de ese modelo y que más cerca estaban de lo que, por ejemplo, hacía Mayans, el enemigo? Feijoo le pagó la colaboración y el silencio, primero en 1730, refiriéndose a él sin nombrarlo bajo la excusa de su humildad —aunque Sarmiento era todo menos humilde— en el discurso ya citado sobre las «Glorias de España» (TC, IV, 14. § XXIII, 84); más tarde, en 1736, mencionándolo y destacando una vez más su condición de sabio (TC, VII, 7, § 10, 30; § 11, 47 y 53), como había hecho en 1730, cuando lo presentó como «milagro de erudición», si bien, de las menciones que realiza en 1736 no se deduce que el milagro de sabiduría de 1730 sea la misma persona. Más cercano es cuando en el prólogo al tomo V del TC le llama «íntimo amigo», pero para insistir más tarde en que apenas sale de su celda.

Feijoo se encargó de destacar públicamente este aspecto de la personalidad intelectual de su amigo pero no solo él, sino otros como el padre Mocolaeta en su censura de la *Demonstración*, de manera que ese rasgo quedó como definidor de su estilo y personalidad. Incluso es lo que se señala de él, negativamente, en

---

<sup>25</sup> Como curiosidad, diré que Moratín también incluyó al frente de *El sí de las niñas* la misma cita que Sarmiento colocó al pie de su *Demonstración*.

los *Diálogos de Chindulza*<sup>26</sup>. Sarmiento, por tanto, de nuevo, como proveedor de materiales, cuyos trabajos abundan en la parafernalia erudita. Por tanto, ¿cómo interpretar —y cómo interpretarlo siendo Sarmiento— el testimonio de Feijoo, según el cual se jacta de ser un gran escritor y de modernidad porque no cita ni pone notas, ya que eso interrumpe el discurso? El Padre Maestro escribe así en el prólogo al tomo V del *Teatro* (1733):

Como yo cito pocas veces, levantaron el grito [mis impugnadores] que muchas de las noticias, que propongo sin señalar los autores en quienes las he leído, eran forjadas en mi cerebro. En esto acaso procedieron con una máxima no mal discurrida, que fue tentar si así podían obligarme a *llenar de citas mis libros, de que resultaría necesariamente hacerlos fastidiosos y molestos, y por consiguiente hallar pocos lectores; porque, ¿quién duda que el multiplicar citas en un libro es multiplicar tropiezos en su lectura, es interrumpir la corriente de la pluma, es afear la hermosura del estilo, es destrozarse el concierto de los períodos, es turbar el nativo resplandor de los conceptos?*

*Por estas razones y por imitar la práctica corriente de los mejores escritores de otras naciones, he excusado y excuso citar lo más que puedo [la cursiva es mía].*

Me pregunto si Martín Sarmiento, fuente de citas y de erudición, podía publicar sus trabajos, tras leer una declaración como esta, que, además, le excluía de entre los «mejores escritores» del momento. Porque Feijoo parece no perder oportunidad de insistir en esta repartición de papeles, y así, al comparar las plumas de ambos en carta privada, recalca lo que era de uno —la erudición— y de otro: la agilidad, ya que «retiro a tiempo la mano para dejar ligera la lectura y evitar el fastidio a los lectores», pero también cuando, al saber que Sarmiento escribe una historia de la poesía, le confiesa su temor de que «salga muy larga y que, por muy cargada de erudición, sea pesada»<sup>27</sup>. Más tarde, Sarmiento insistía en rechazar el estilo formulario y corto: «hay estómagos intelectuales tan débiles y flacos que no pueden digerir la lectura de medio pliego de papel, porque están habituados a solo leer esquelas», lo que se vincula con el «estilo de cartas», mencionado más arriba.<sup>28</sup> Sarmiento no escribía para publicar, sino para él y sus amigos de celda, con los que podía comentar lo escrito, además de para aquellos que solicitaban sus informes. Como no escribía para publicar, podía ser difuso y digresivo.

A diferencia de Mayans, que, como sabemos, negaba la validez del trabajo de Feijoo, Sarmiento, a pesar de estas llamadas al orden, aceptó la apertura que significaba el modelo nuevo y colaboró en la redacción de los tomos y en la defensa del proyecto que era el *Teatro crítico universal* porque participaba de las novedades científicas y metodológicas que Feijoo exponía, como es claro a

<sup>26</sup> Manuel LANZ DE CASAFONDA, *Diálogos de Chindulza*, Francisco Aguilar Piñal (ed.), Oviedo, Cátedra Feijoo, 1972, págs. 38-39.

<sup>27</sup> Carta del 6 de enero de 1742. ARIAS, «Catorce cartas», pág. 57.

<sup>28</sup> SARMIENTO, *Noticia de la verdadera patria*, pág. 162.

cualquiera que lea sus trabajos. La diferencia, una de ellas, está en que escribe para un público distinto, o para distintos públicos.

Y sin embargo, para defender el nuevo estilo literario, el nuevo modo de pensamiento y comunicación científica, se vieron obligados a recurrir al método, en apariencia, contrario: a las autoridades y a la erudición, no solo a razonar y experimentar, y ahí estaba Sarmiento, como declara Mecoleta, «armado de tan universal y exquisita erudición, que apenas toca arte, ciencia o historia, de que no dé tan abundante y tan puntual noticia, como si toda la vida se hubiera ejecutado en cada una» (s. p.). Sarmiento, pues, colabora en el proyecto, a pesar de las críticas que sufre su trabajo por parte del Padre Maestro. Ahora bien, ya es significativo que a los mismos frailes benedictinos, que conocían el trabajo de ambos y, por tanto, la capacidad argumentativa de Sarmiento, les interesó destacar solo su lado de documentalista, y no los otros.

### Sus idas sobre España

En todo caso, a pesar de participar de modelos intelectuales distintos, la colaboración se llevó a cabo durante todos los años en que Feijoo estuvo activo, lo que implica, desde mi punto de vista, la aceptación por parte de Sarmiento del proyecto reformista y modernizador que lideraba la Orden benedictina, con Feijoo como cabeza visible, y, tal vez, explique su renuncia a publicar. Esa colaboración no implicó abandono de una tradición erudita en la que Sarmiento se encontraba muy cómodo, tradición que permitía la incorporación de nuevos saberes. Aunque pueda parecer una obviedad, quizá hay que recordar que el benedictino que vivía en Madrid no fue solo el facilitador de noticias del que vivía en Oviedo, ni solo el hombre oscuro en la sombra necesario para que Feijoo brillara; fue el autor de una ingente obra inédita en su mayor parte, en la que da cuenta de su visión del mundo y de la ciencia como un todo complejo y relacionado —al estilo de los historiadores griegos—, que se reflejaba en la práctica de los coleccionistas y los gabinetes y le llevó a ocuparse de materias diversas pero que él relaciona gracias a su capacidad asociativa y a esa mentalidad, frente a la supuesta evolución lineal del conocimiento (que llevó a la especialización). Como luego diría Julio Caro Baroja, «el saber es algo total»<sup>29</sup>.

Esa obra enorme, impublicable a veces, se caracteriza a menudo por la digresión como elemento central y casi organizativo de la exposición, que también está presente en la obra de Feijoo. Fray Martín no renunció nunca a ella, y esto solo evidencia de nuevo su mente asociativa, un árbol de la ciencia cuyas ramas se entrelazan, así como el hecho de que la erudición no fue nunca un mundo

<sup>29</sup> Julio CARO BAROJA, *La aurora del pensamiento antropológico. La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid, CSIC, 1983, pág. 226

cerrado que le aislaba del tiempo presente: la digresión le permitía tanto hablar del pasado como de su propia época y relacionar tiempos y saberes. Él mismo reconoce ese rasgo de su escritura como esencial porque sirve para aclarar puntos de la disertación, y se defiende de las acusaciones de «largo y pesado en mis escritos [por]que amontono digresiones. ¿Y quiénes lo dicen? Los que o no los han leído, y, si sí, que se podrá dudar si poseían los requisitos para entenderlos. Si los entendiesen, ellos mismos verían lo que me guardo en el tintero, y que más pecho de conciso que de largo y pesado»<sup>30</sup>. De hecho, no es despreciable la posibilidad de que las digresiones tuvieran una función política, puesto que las insertaba también en informes que le solicitaban desde el gobierno, de manera que proporcionaba ideas, quejas, críticas, observaciones, sugerencias sobre asuntos que le importaban y que, tal vez, de ese modo pasaban también a interesar a su privilegiado lector político<sup>31</sup>.

Hay que aludir también a otra diferencia poco destacada, refrendada en los modos de vivir de uno y otro. Feijoo apenas se movió de Oviedo, mientras que Sarmiento aprovechó sus viajes para aprender, estudiar y recolectar conocimientos de todo tipo, muchos de ellos no aceptados como tales o rechazados por no ser modernos. El viaje le hacía, si es que fuera necesario, más consciente de lo distinto y ayudaba a relativizar el punto de vista, dando también cabida no solo a lo racional como aproximación al entorno, sino a lo experimental, sensorial y emocional, desde donde han de interpretarse gran parte de sus obras, de manera evidente las que tienen que ver con la educación, la botánica, la lengua y las costumbres gallegas. Cuando no podía viajar, leía para suplir «el ver mundo», como dice en su *Noticia de un cuerno de rinoceronte*, aunque reconoce que no es el mejor sustituto<sup>32</sup>.

Los dos tuvieron la misma curiosidad por el entorno, por su tiempo, aunque sobre asuntos no siempre coincidentes, que canalizaron de formas distintas; poseyeron la curiosidad enciclopédica que caracterizó a muchos en aquel periodo. Y también sus ideas acerca de España tienen puntos en común y otros divergentes, lo que implica valoración distinta de ciertas ramas del conocimiento y de aspectos de la realidad que contribuyen a crear identidad y concepto de nación.

Así, por lo que respecta a la conquista de América, ambos comparten el discurso crítico. Feijoo denunció las injusticias cometidas sobre los indios en «Fábulas de las Batuecas y países imaginarios» (TC, IV, 10), por ejemplo, pero Sarmiento fue quizá más lejos al incluir en 1749 a los pueblos americanos en su diseño de la representación de los territorios y de los españoles que debían figurar en el Palacio Real. Por ello incorporó la estatua de Atahualpa, el líder

<sup>30</sup> SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, III, § 3635.

<sup>31</sup> Como así mismo comentan los editores de *El porque sí*, pág. 12.

<sup>32</sup> Cito por LÓPEZ PELÁEZ, *El Gran Gallego*, pág. 149.

ejecutado por Francisco Pizarro, al mismo nivel que otros representantes de territorios históricos, como Navarra, simbolizada por Sancho el Mayor y Sancho el Fuerte; Portugal, que lo está por Alonso I y Don Dionís; Aragón, por Ramiro el Monje y Jaime el Conquistador; Castilla, por Fernán González y García Fernández; Galicia, por Recario y Teodomiro, y la propia América, que lo está por Atahualpa y Moctezuma. Reivindicó la figura de Atahualpa, a pesar de que en 1742 Juan Santos tomó su nombre al liderar la revuelta que quiso reinstaurar el imperio inca y expulsar a españoles y negros del territorio<sup>33</sup>. Sarmiento, como otros intelectuales del momento, estaba implicado en mostrar la condición histórica de la monarquía española.<sup>34</sup>

Pero lo que interesa destacar es que rechazó la aculturación que se llevó a cabo allí, al imponer unas costumbres y una lengua en detrimento de las autóctonas, lo mismo que ocurría entonces en varias regiones de España. En su crítica de la acción española en América, como Feijoo, es seguidor de Las Casas, pero parte de un planteamiento más amplio, que presidió toda su vida y es eje central de su trabajo: el valor de la diferencia como riqueza cultural. Su visión del indio y del esclavo, frente al hombre blanco, se encuadra en la utópica imagen del buen salvaje, frente al europeo civilizado y civilizador, destructor de culturas y mentalidades<sup>35</sup>.

Es un punto de vista, el de la diferencia, que también utiliza para lo que ocurre en España por lo que toca al proceso centralizador, por el que trabaja junto a Feijoo, pero sin olvidar, por contra, la riqueza que la variedad supone, que, en el caso de su interés por los territorios americanos tiene que ver además con su afición a la botánica y a lo que hoy llamamos etnografía y folklore, estudios de los que hay que considerarle promotor o iniciador. Su *Plano de un nuevo y fácil método para formar una general descripción geográfica de España y la América*, que es un cuestionario, y su *Descripción de la América*, ambos de 1751, son muestras de su interés por aquel Continente, por España y por mantener una realidad cuya pérdida vio con lucidez.

La implantación del nuevo modelo nacional ponía en peligro la diferencia por él tan valorada, lo que hoy conocemos como cultura popular, que cuidó de salvaguardar en la medida y en el territorio en que pudo. De varios de sus trabajos y de no pocas de sus reflexiones se deduce su preferencia por una gestión de la identidad nacional desde esa cultura popular, local o autóctona, cuya integración ve posible, pues se siente «buen español, buen gallego y buen

<sup>33</sup> Martín SARMIENTO, *Sistema de adornos del Palacio Real*, Joaquín Álvarez Barrientos y Concha Herrero Carretero (ed.), Madrid, SECC, 2002, págs. 233-243.

<sup>34</sup> José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI*, Madrid, Arlanza ediciones, 2001, págs. 50-51, 64-65, 227-230.

<sup>35</sup> Por lo mismo, como tantos en la España del momento, estaba en contra de la esclavitud, porque, además de ser humillante, servía para mantener a la vagancia instalada entre los blancos, que además eran ignorantes e improductivos; SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, III, § 3821-3831.



pontevedrano»<sup>36</sup>, frente o al lado de la opción apoyada por Feijoo, más teórica, central, legal y urbana, en tanto que «cuerpo de Estado donde debajo de un gobierno civil estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes» (TC, III, 10, § VI, 30). Es el momento en que se comienza a separar la cultura popular de la sabia, cuando se objetiva una serie de saberes, costumbres, hablas, pensamientos, que poco a poco se desprecian y olvidan, como perspicazmente vio Juan Valera al escribir sobre lo castizo en España y que después han estudiado otros. A la larga, Sarmiento se sitúa del lado de los perdedores, en un intento de recoger y guardar del olvido ese saber que, desde una perspectiva moderna, Feijoo, con sus desengaños, y como efecto colateral, contribuye a olvidar.

Mientras Feijoo se aprestaba pra barrer meigas, duendes e trasnos das mentes do seu século, Sarmiento preparaba as súas brancas páxinas pra lles dar alía cobillo, pra lembrar os seus nomes, o que se decía deles, as prerrogativas e características de cada un. Mientras Feijoo quería desterrar totalas tradicións populares, Sarmiento preparaba cuestionarios sobre elas pra que non fosen definitivamente esquecidas. Mientras a lingua, a ortografía, as etimoloxías, eran miudallas pra Feijoo, pra Sarmiento, xa desde 1730 convírtense nunha preocupación teimuda, que hai que ocultar aínda diante dos seus máis íntimos amigos<sup>37</sup>.

Feijoo trabajó por su época, su tiempo y sus reyes, para sacar a España de un estado de atraso; Sarmiento lo hizo en ese mismo sentido —proponiendo instituciones culturales como la nueva Biblioteca Real, una red de caminos, colaborando con Feijoo, etc.— pero además, con una conciencia de historiador y con una sensibilidad que Feijoo parece no haber tenido, se afanó para dejar al futuro una imagen del mundo, de España, que empezaba a perderse.

Como se ve, desde el punto de vista de sus ideas sobre España, encontramos también diferencias entre ambos. Feijoo defendió una idea acorde con el plan borbónico, que responde a la tendencia del momento, en la que trabajaban las distintas monarquías europeas. A ese propósito centralista colaboró desde la propaganda de su producción literaria y ofreció, aparte de artículos como «Amor de la patria y pasión nacional» y «Mapa intelectual y cotejo de naciones», el emblemático «Glorias de España», que es un relato de nación desde los hitos culturales españoles, en el que se filtra además un modelo de español. Un modelo que es una propuesta actual anclada en la propia historia y tradición, pues quería mostrar «a la España moderna la España antigua» (TC, IV, 13, § 1, 2).

Por su parte, Sarmiento por las mismas fechas también proporciona su propio modelo de español, como él mismo lo llama, al crear el programa decorativo

<sup>36</sup> Martín SARMIENTO, *Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales y de su pública utilidad y del modo de dirigirlos, de marcarlos, de construirlos, comunicarlos, medirlos, adornarlos, abastecerlos y conservarlos*, Biblioteca Nacional de España, sign. Ms. 1274, f. 4v.

<sup>37</sup> Xosé Luis PENSADO, «Feijoo e Sarmiento: dúas vidas sin paralelo», *Grial. Revista Galega de Cultura*, 60 (1978), págs. 129-154. La cita en las págs. 151-152.

del Palacio Real para Felipe V y Fernando VI. Ahora bien, ambos diseños nacen de motivaciones distintas y tienen sus diferencias. Si hemos de creerle, Feijoo escribe sus «Glorias» por indicación del infante don Carlos, que, con tan solo doce años, estaría molesto con la imagen que fuera se tenía de los españoles y quiso que se corrigiera<sup>38</sup>; Sarmiento proyecta porque a la hora de mostrar la grandeza de la monarquía quiere implicar a la nación, a los diferentes pueblos de España, porque su idea no era un abstracto sino una sucesión de hechos y provincias con sus características propias que, en la medida de lo posible, debían estar reflejadas en el Palacio. Si Feijoo es centralista y basa el modelo de nación en el pacto social regido por leyes comunes, un pacto que hace iguales a todos, Sarmiento levanta su símbolo nacional desde la diferencia y la identificación de cada una de las provincias (incluidas las americanas), además de tener una imagen moral del español poco o nada moderna, vinculada más bien a los tiempos de Carlos II. Su proyecto es coherente con su intención de no olvidar las lenguas que se hablan en España y con su sensibilidad para las diferencias, reflejada, como ya señalé, en trabajos de recolección y catalogación, tanto de flora —siempre se olvida que pidió muchas veces la creación de un jardín botánico<sup>39</sup>— como de refranes, etimologías y creencias. Esos errores comunes y supersticiones vulgares que Feijoo combate y a veces destruye.

Una muestra más de su idea nacional es que Sarmiento, que defiende el uso del gallego y su identidad, estuvo también en contra de que la región fuera dirigida en cualquier ámbito por individuos que desconocieran la lengua. Cree que todos caben en su tierra, pero que se debía seguir el ejemplo de los catalanes —a los que también critica por otros motivos—, que no conceden puestos a los que no saben la lengua de la tierra<sup>40</sup>. De forma cercana a los «nacionismos» tan criticados por Feijoo, defendió a su patria chica de los tópicos y errores de opinión que sobre ella tenían muchos españoles y portugueses y no dudó en señalar que lo mejor de Portugal es un apéndice de Galicia, de modo que su *Descripción del reino de Galicia* es una *laudatio*<sup>41</sup>. Al defender el uso del gallego, Sarmiento no es una figura atípica en la España del momento. No es beligerante, como pudieron serlo algunos austracistas catalanes, pero participa de su idea horizontal de España, que respeta y valora las diferencias, aunque no importe a la tendencia po-

<sup>38</sup> Muy seguramente, fue por insinuación de Isabel de Farnesio, madre del infante, por lo que Feijoo escribió las «Glorias». Sugerencia compartida con José Luis Gómez Urdáñez.

<sup>39</sup> Como recuerda LÓPEZ PELÁEZ, *El Gran Gallego*, pág. 104.

<sup>40</sup> Aunque pone ejemplos de curatos, desearía que se aplicara a todas las facetas de la realidad, desde la política y judicial a la religiosa, *Obra de 660 pliegos*, IV, § 5411, y también en cartas a su hermano. Cito por José SANTOS PUERTO, *Martín Sarmiento. Ilustración, erudición y utopía en la España del siglo XVIII*, II, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2002, pág. 317, que también se refiere a su interés por la «cultura popular». Para tener una idea más completa de la personalidad poliédrica de Sarmiento, véanse los trabajos incluidos en la obra colectiva *O padre Sarmiento e o seu tempo*, Santiago de Compostela, Consello de Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, 1997, 2 vols.

<sup>41</sup> Los portugueses deben todo lo bueno a Galicia, así se expresa en *Obra de 660 pliegos*, IV, § 4941, 5101, 5131, 5153, 5231, 5330, 5416.

lítica dominante. Su condición de «galleguista» se intensifica a partir de 1745, mientras su actitud política de historiador lo alejaba de la *Regla de San Benito*, según la cual los monjes debían olvidar patria y padres, «servir a la república» y sentirse como si estuvieran desterrados en el mundo.

Ahora bien, si significativa es la defensa que Sarmiento hace de las lenguas autóctonas, no menos significativa es la que Feijoo hizo, ya desde el tomo I del *Teatro*, de su escritura en español. En español frente al latín para llegar al mayor número posible de lectores. La novedad del proyecto se percibe también, precisamente, en que debe justificar ese uso. «Bastaría por respuesta el que para escribir en el idioma nativo, no se ha menester más razón que no tener alguna para hacer lo contrario», confiesa en el «Prólogo». Pero la elección lleva aparejada otras novedades, no solo la evidente de querer llegar a los más posibles, sino además el que la ciencia o el conocimiento, por la lengua y el medio empleados, abandonaban sus círculos habituales de distribución y circulación, y pasaban a ámbitos de mayor difusión, como la prensa, las tertulias y los cafés, según señalara Joseph Addison en *The Spectator* del 12 de marzo de 1711, con las implicaciones políticas, sociales y culturales que esto conllevaba.

La suya y la de Sarmiento son dos respuestas, entre tantas, a los cambios que se operaban en España, que tal vez se puedan explicar desde sus diferentes orígenes sociales o quizá, mejor, desde sus distintas concepciones del saber y de aquello que identifican como constitutivo de la identidad nacional. La atención que fray Martín demuestra a la patria chica no podía ser apreciada por Feijoo, implicado en la construcción de un Estado moderno, apoyado en el centralismo y en la conciencia de comunidad unificada, como dejó claro al escribir las «Glorias de Galicia» y en «Amor de la patria y pasión nacional», por ejemplo, donde señala que España solo alcanza su sentido en el contexto europeo, en tanto que conjunto de individuos reunidos bajo unas mismas leyes. Si Sarmiento participaba de esto y colaboró en la representación del Estado, quería que esa reunión y representación no anulara las diferencias, que, al contrario, y como ya adelanté, debían estar representadas para alcanzar la total identificación de la monarquía borbónica.

Su mundo y el de Feijoo coincidían en aspectos, pero estaban distantes en otros. Sarmiento atendía a lo local moderno, es decir, a las continuidades y al valor de la diferencia; de ahí su interés por recoger plantas, nombres locales y cuanto fuera popular según nuestra terminología actual, por la lengua, los dichos, las creencias, etc. Para él esa cultura tenía valor, cosa que no ocurre con Feijoo, que quiere corregir y desengañar, mientras atiende más a lo global moderno, al valor de lo general político y defiende una lengua única en la línea de la época. Querer desterrar errores y falsedades no implica necesariamente acabar con las tradiciones y las creencias, pero sí a la larga, por ese proceso civilizador que lleva a rechazar lo que no es urbano, ni decoroso ni moderno.

En consonancia con el tiempo nuevo, el proyecto borbónico y con el recuerdo de la guerra, el benedictino Feijoo optó por la idea de España como Estado-nación proyectada por la monarquía, frente a otras que se debatían entonces, como la opción barroca de España como conjunto de valores y esencias católicas, y la España pluricultural que defendían los austracistas, con la que Sarmiento tiene contactos. Tres posturas que con matices y actualizaciones perviven y pugnan aún hoy.<sup>42</sup> El trabajo de fray Martín, su dispersión, la atención a materias y campos tan distintos, la capacidad digresiva, dan cuenta de su intento, teórico y utópico, de rediseñar el Estado, o, mejor, de rediseñar el modelo borbónico para que tuvieran cabida aquellos aspectos de la realidad que quedaban marginados porque no importaban. No se trata de poner a uno por encima del otro, cada cual tuvo sus características y sus limitaciones, pero, frente a la visión de Estado de Feijoo, quizá Sarmiento tuvo más perspectiva histórica y cultural, lo que le permitió ver más que al ovetense, o simplemente ver y valorar otras cosas, como hizo en sus viajes por España y al atender a las conversaciones de aquellos con los que se cruzaba.

Yo tengo más consideración por las viejas, por lo mismo de verlas tan despreciadas, siendo abuelas, madres y tías de los que las desprecian. Sé que para mi intento más aprovecharía conversando una tarde cada semana con viejas setentonas de razón que leyendo la mitad de los libros de gaceta. Si eran curanderas, informándome de los mixtos que aplicaban, cómo y para cuál enfermedad. Si añadían el ser ensalmadoras, escribiendo todas las palabras de su contexto, para divertirme a solas en descifrarlas y tentar reducirlas a la lengua de donde se sacaron. Si en el contexto notaba yo consonantes y rimas, algo podría rastrear de la antigüedad de los consonantes<sup>43</sup>.

Luces y sombras de una amistad, como de todas; distintos intereses, algunos compartidos, pero un mismo compromiso en el proyecto gestado en el convento de Oviedo en los años en que Sarmiento estuvo allí, entre 1723 y 1725, dato que no hay que olvidar a la hora de explorar su grado de participación en él. Una relación que espera mayor atención, lo que permitirá situar mejor a estas dos importantes figuras del XVIII hispano.

<sup>42</sup> Ricardo GARCÍA CÁRCEL, «Los proyectos políticos sobre España en el siglo XVIII», en Vicente Palacio Atard (ed.), *De Hispania a España. El nombre y el concepto a través de los siglos*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, pág. 240. Véase también de Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *Felipe V y los españoles*, Madrid, Mondadori, 2005.

<sup>43</sup> SARMIENTO, *Obra de 660 pliegos*, IV, § 5715.